Lo Maravilloso

REVISTA DE PSICOLOGIA Y DINAMISMO INEXPLICADOS

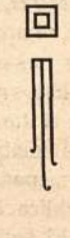
SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

Madrid, 10 de Diciembre de 1909.

Año 1 **Núm. 17**



Sarcófago misteriosamente fatídico de una sacerdotisa egipcia de Amen-Ra.



Administración: San Bernardo, 19

Número suelto: 25 CTS.



SUMARIO



La obra de Stead

(CONCLUSIÓN)

(Véase el número anterior.)

En aquellos casos en que el solicitante no puede asistir á la Oficina, el objeto que ha estado en contacto con el difunto cuya comunicación se desea, es entregado sucesivamente á los médiums 1, 2 y 3 por un taquígrafo, que toma nota del resultado.

Despues se envían al solicitante los *reportes* de las tres sesiones, designados con las letras *E, F* y *G,* suplicándole á la vez: Primero, que lea y compare cuidadosamente estos tres *reportes,* línea por línea, haciendo constar lo que sea exacto y lo que no sea; segundo: que añada á cada *reporte* su opinión sobre si las comunicaciones transmitidas por el médium pueden explicarse por telepatía de la mente consciente ó de la mente inconsciente, ó si sospecha que la comunicación puede haber llegado á la mente del médium de algún otro modo; y tercero: dar su opinión final sobre si realmente cree haber sido puesto en comunicación con su difunto.

Estos *reportes,* ó sean *E, F* y *G,* revisados y el impreso *I* lleno, juntamente con el sobre sellado conteniendo el impreso *H,* se enviarán á la Oficina, donde se abrirá el sobre y se comparará su contenido con los resultados que tuvieron los tres médiums.

Estos *reportes* anotados se archivan, reservándose la Oficina el derecho de publicarlos íntegros ó en extracto, sin dar los nombres ni la dirección de las personas á que se refieren, á menos que el solicitante dé un permiso especial para la publicación con todos los detalles.

El solicitante que esté convencido de que realmente ha sido puesto en comunicación con los difuntos cumplirá con un verdadero deber dando cuenta del resultado de su experimento á aquellos amigos suyos que lloren á algún sér querido muerto, é informando á la Oficina del nombre y dirección de las personas á quienes haya recomendado sus servicios.

Lo que cuesta la Oficina.

El coste de sostener la *Oficina de Julia* corre ahora enteramente de mi cuenta. He determinado soportar esta carga hasta una suma anual de 1.000 libras esterlinas (25.000 pesetas, á la par), lo cual es necesario para pagar la renta del local y otros gastos. Como cada consulta supone un gasto de dos libras y dos chelines (52,50 pesetas, á la par) sobre este presupuesto, inútil es decir que cualquier aumento en el número de solicitudes supondría un gasto que yo no podría ya soportar.

Las suscripciones á la Biblioteca de la Zona frontera, que algunos parecen confundir con un precio por el uso de la Oficina, se gastan en pagar el local, el sueldo de un encargado y los libros, periódicos y muebles.

Parece, por consiguiente, que el mejor medio de sufragar los demás gastos sería pedir á cada solicitante que pagase la cantidad que ha de gastar la Oficina en caso de aceptar su solicitud.

Pero esto ha sido prohibido en absoluto por Julia. Según ella, los consuelos proporcionados por la Oficina no deben ser exclusivamente para los que puedan pagarlos; las solicitudes deben admitirse ó rechazarse según lo merezcan, sin pararse á mirar si los que las suscriben pueden pagar ó no.

¿Cómo, entonces, podrá costearse la Oficina? Tres consultas diarias suponen ya un gasto anual de cerca de 2.000 libras, y algunas veces las consultas pasan de tres por día. Á esto contesta Julia que debemos proceder por fe, sin vacilar en nada; que no debemos poner precio ninguno á los servicios del Centro, pero que, después de responder á una solicitud, la persona beneficiada por el Centro puede, si gusta, por su propia voluntad, bien dar dos guineas (52,50 pesetas) para costear otra consulta, bien dar cualquier cantidad más elevada como donativo y muestra de agradecimiento á la Oficina.

Comprendo que este sistema de confiar en la gratitud ajena para costear la Oficina les parecerá poco comercial á muchas personas del plano terrestre. Los resultados, en efecto, apenas justifican hasta ahora la confianza de Julia; pero tengo esperanzas en su seguridad de que no faltarán fondos cuando sean necesarios.

Cómo se celebran las sesiones.

Á todo el que solicite los servicios de la Oficina se le ruega lea este capítulo, por lo menos dos veces: una, al leer por vez primera todo el folleto, y otra, cuando su solicitud esté aprobada y se vaya á proceder á las sesiones.

Nada perjudica tanto á la acción del Centro como la impaciencia, *antipatía ó mal humor* del solicitante hacia el *médium* durante la sesión. Si el interesado no está dispuesto á tratar al médium con cortesía, consideración y respeto, vale más que no haga la solicitud.

Considérese por un momento qué es lo que constituye el médium. Es el hecho de ser éste más sensitivo que el resto de los mortales. Los médiums están más altos que los demás en la escala de la evolución; en ellos se ha desarrollado un sexto sentido. Ahora bien: así como un ojo abierto sufre si en él penetra un granito de arena, mientras un ojo cerrado resiste sin sentirlo el polvo que el viento lanza sobre sus párpados, este sér singular, el *psíquico,* sufre ante una palabra, una mirada ó un mero pensamiento de antipatía. Muchas personas no obtienen buenos resultados de las sesiones porque su carácter agrio, severo ó gruñón impide que el médium vea, oiga ó entre en trance. Tan imposible es obtener una buena comunicación sin la necesaria tranquilidad, pasividad y simpatía, como hacerse un buen retrato sin estar quieto y en silencio durante la exposición. No sólo el reglamento del Centro, sino las órdenes terminantes de Julia, disponen que los médiums den por terminada una sesión, sin dar explicaciones, tan pronto como comprendan que el solicitante deja traslucir un carácter áspero, suspicaz ó descontentadizo. Esto no quiere decir que se prohiba la crítica y el libre análisis de los resultados obtenidos, pero entiéndase que se consienten *después de obtenerse estos resultados,* pues tan difícil es para el médium su misión si no encuentra las necesarias condiciones de quietud y simpatía, como para un

AÑO I — Madrid, 10 de Diciembre de 1909 — NÚM. 17

Lo Maravilloso

REVISTA DE PSICOLOGIA Y DINAMISMO INEXPLICADOS

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

Ser ó no ser... ese es el problema —SHAKESPEARE.

El que fuera de las matemáticas puras dice *imposible*, carece de sentido.
ARAGO.

ADMINISTRACION
Ancha de San Bernardo, número 19.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
España: Un año, 6 pesetas; un trimestre, 1,50 idem.
Extranjero: 7 y 1,75 francos respectivamente.

Los sabios y los ignorantes me atacan; los unos y los otros se ríen de mí y me llaman el maestro de baile de las ranas; y bien, sea; pero yo sé que he descubierto una de las más grandes fuerzas de la Naturaleza.
GALVANI.

Después de la muerte..... ¿qué? *

Cuando al final de una vida rica, si no en victorias, por lo menos en terribles batallas en favor de las nuevas corrientes del pensamiento humano en la Psiquiatría y en la Antropología criminal, he iniciado primero la investigación y la publicación más tarde de un libro sobre los fenómenos llamados espiritistas, surgieron contra mí de todas partes, hasta los mismos amigos más queridos para gritarme: «Queréis perder un nombre honorable, una carrera que después de tanta lucha alcanzaba por fin la meta, por una teoría que todo el mundo no sólo repudia, sino, lo que es peor, desprecia y encuentra ridícula.»

Pues bien: todo esto no me hizo vacilar un sólo instante en proseguir el camino iniciado. Antes por el contrario, ello hizo mayor mi afán, porque me parecía mal coronar una vida vivida en la labor de los nuevos ideales, combatiendo, por ese reparo, la idea más combatida y tal vez más ridiculizada del siglo; y consideraba mi deber encontrarme hasta el último de mis ahora contados días, allí en donde surgían mayores los obstáculos y más furiosos los adversarios.

Y bien sé que ninguno de ellos tuvo la culpa; yo, antes, no hace mucho, estaba entre aquéllos y era de los más implacables, porque tal como son concebidos por los más los fenómenos espiritistas, parecían querer destruir aquel gran concepto del monismo que es uno de los frutos más preciosos de la cultura moderna, y porque ante la precisión y la continuidad de los fenómenos experimentales, siempre iguales asimismo en el tiempo y en el espacio, y siempre acordes entre sí, las observaciones y los experimentos espiritistas tan á menudo variados, según los métodos, según la hora del día, según la disposición de ánimo de los asistentes, no obstante lo repetidos y contrastados por instrumentos de precisión, no obstante lo escogidos de los severísimos experimentadores (y bastaría nombrar á Morselli, Di Vesme, Crookes, Puihet, Lodge, James, Hyslop, Wallere, Bottazzi, De Rochas, Herlizcka, Foà, Arsonval, etcétera) tienen siempre aquel aire de impresión y vaguedad de las antiguas observaciones medioevales.

Pero si cada una de aquéllas puede ser ó parecer incierta, el conjunto de todas forma un compacto mosaico de pruebas capaz de resistir los ataques de la duda más escrupulosa, tanto más hoy, cuando también el gran principio de que no existe función sin órgano adecuado, ni manifestación de energía sin pérdida de substancia, encuentra, por lo menos en los estudios de la radioactividad, una hasta ahora aparente excepción.

Ni siquiera con las nuevas conclusiones espiritistas se destruyen las principales leyes del monismo; porque también reduciéndose á una materia fluídica que es visible y palpable sólo en algunas circunstancias especiales, el alma continúa perteneciendo al mundo de la materia; y así, por vez primera aparece aquí conciliada la observación científica con aquélla, multiplicada en el tiempo y el espacio desde los pueblos más antiguos y salvajes á los más civilizados, cristalizada hasta en la leyenda religiosa, lo que, si no por la calidad, al menos por la cantidad y uniformidad de los sufragios, le concede una autoridad igual si no superior al pensamiento de los grandes filósofos.

Por eso en este trabajo me he mantenido alejado de toda teoría; he querido que ésta surgiese espontánea en el ánimo del lector, del mosaico de los hechos revestidos de la autoridad que proviene del consenso general de los pueblos.

Además, después de todo esto estamos muy lejos de haber alcanzado la completa certeza; la hipótesis es-

* Prólogo de la obra de este título, de César Lombroso. Podríamos decir póstuma, pues la edición norteamericana, única hasta el presente, salió pocas horas antes de morir el eminente antropólogo. Nuestra traducción, sin embargo, está hecha del original italiano, anticipado por el autor á la revista *Luce e Ombra*.
En el número anterior dimos á conocer algunas de las más importantes conclusiones contenidas en ese libro, llamado á tener grande celebridad, y del cual hemos de seguir ocupándonos.

piritista aparece después de tan fatigosas investigaciones como esos inmensos espacios océanicos en los cuales se ven emerger acá y allá islotes más elevados, que sólo al juicio del geógrafo dan la resultante de un antiguo continente, mientras el vulgo se ríe de su hipótesis, tan audaz en apariencia.

Antes de cerrar está página, la expresión de mi gratitud más viva á todos aquellos que nos ayudaron con los consejos y con las obras: Marzorate, Ochorowicz, Imoda, Richet, Di Vesme y Andenino.

CÉSAR LOMBROSO

Enero de 1909.



Nuestro grabado de la cubierta

El sarcófago de la mala sombra

Los que sonríen desdeñosamente al oir hablar de la *mala sombra* que se atribuye á algunos objetos, pensarían sin duda de muy distinta manera si conociesen á fondo la historia de un sarcófago egipcio que actualmente figura en una de las salas del célebre Museo Británico, en Londres, y que parece llevar consigo la fatalidad á todas partes.

Este sarcófago, cuyo título no difiere del de cualquier otro ataúd de las épocas faraónicas, contuvo en otro tiempo la momia de una sacerdotisa de Amen-Ra, que murió unos 1.600 años antes de nuestra Era. Sepultado en Tebas, el cuerpo de la joven egipcia reposó tranquilamente hasta hace cosa de sesenta años, cuando una cuadrilla de ladrones árabes, pensando tal vez encontrar algún tesoro, profanó su sepulcro; y, no se sabe cómo, la momia desapareció. Veinte años más tarde, el sarcófago vacío fué encontrado y vendido á un grupo de cinco ingleses que visitaban Egipto, y desde luego, éstos decidieron llevarse á Inglaterra aquel tesoro arqueológico.

Nunca lo hubieran hecho. Poco después, uno de los cinco amigos recibía un balazo en el brazo, por habérsele disparado la escopeta á su criado, y hubo que amputarle el miembro herido. Otro murió en la miseria antes de un año; un tercero fué muerto de un tiro, y otro, al llegar al Cairo, supo que había perdido una gran parte de su fortuna y falleció á consecuencia del disgusto. El único que quedaba de los cinco amigos, cuando estuvo en Inglaterra, regaló el sarcófago á un cuñado suyo; á los pocos meses, éste se encontró casi arruinado.

Hasta entonces nadie atribuía estas calamidades á la caja de la momia; pero la célebre teósofa Mme. Blavatsky, que tuvo ocasión de verla un día, declaró desde luego que era un objeto peligroso. Sus dueños se rieron de esta ocurrencia y enviaron el ataúd á un fotógrafo muy popular en Londres, para que hiciese una fotografía. ¡Cuál sería el asombro del artista al encontrarse con que, al revelar el cliché, aparecía en él, en vez de la máscara de la caja, el rostro de una mujer viva! Á los pocos días, el fotógrafo moría de una enfermedad misteriosa.

Todos estos hechos son perfectamente auténticos; la Prensa inglesa viene ocupándose de ellos y el asunto empieza á transcender á las demás naciones.

Pero la cosa no paró ahí. Cuando los dueños de la caja de la momia, convencidos de su mala sombra, decidieron regalarla al Museo Británico, el mozo de cuerda que la llevó á cuestas murió al cabo de una semana, y un hombre que le ayudó á cargarla sufrió un serio accidente.

Todo el mundo, aun la parte más escéptica de él, empezó á atribuir estas desgracias á la indignación que el espíritu de la sacerdotisa tebana experimentaba al ver profanado su ataúd, y se creyó que una vez instalado en el museo entre las momias de reyes y princesas de rango igual ó superior al suyo, el espíritu se apaciguaría. Mas no ha sido así. El arqueólogo encargado de investigar la historia del sarcófago, el ilustre Mr. Fletcher Robinson, no bien publicó todo lo que había podido averiguar, cayó enfermo y murió á los pocos días. Poco después, otro aficionado á las antigüedades egipcias, que oculta su nombre bajo las iniciales E. B., fué al archivo del Museo Británico para buscar datos referentes á la sacerdotisa cuya momia había ocupado la caja; llevaba una semana trabajando en ello, cuando una mañana, al levantarse de la cama, vió que tenía en el cuello una mancha negra. Como no le dolía nada, no dió importancia á aquello; pero aquel mismo día, estando en el Museo, se sintió malo, experimentando una impresión extraña, como si alguien tratase de hipnotizarle. Corrió enseguida á su casa, y lleno de terror rompió todas las notas que había tomado y echó al fuego los pedazos. Al día siguiente, se encontró bueno; la mancha negra había desaparecido del cuello.

Hay que advertir que esta mala suerte que recae sobre cuantos tienen algo que ver con el sarcófago de la sacerdotisa, no es privilegio exclusivo de esta caja en particular. Ya se han conocido otros casos análogos. Cuando Napoleón III estuvo en Egipto llevó consigo á París una momia en cuyo sarcófago había una inscripción donde se decía que cualquier príncipe que tolerase la profanación de su tumba perdería su reino, y su hijo primogénito encontraría una muerte violenta. Ambas amenazas se cumplieron en el emperador de Francia: en 1871 era arrojado del trono á raíz de la guerra franco-prusiana, y en 1879 su hijo moría en África asesinado por los zulús.

Puede recordarse también el caso del magnífico sarcófago encontrado en la comarca sepulcral de la tercera pirámide por el coronel Vyse. Después de sacarlo con gran trabajo, á causa de su enorme peso, fué embarcado para Inglaterra; pero el buque encargado de transportarlo se perdió, sin que se haya vuelto á saber nada de él.

Pero tranquilícense los lectores que sean supersticiosos. Mme. Thébes, la pitonisa parisién, hablando con el redactor de un popular periódico francés, ha asegurado que ningún daño recaerá sobre quienes guarden las fotografías ó grabados de la momia fatídica. Antes bien—dice—será amuleto de buena suerte. La sacerdotisa daña á los que la convierten en objeto de explotación, no á quienes se ocupen de ella con el fin de hacer constar su poderío y pedir que el féretro vuelva á un lugar de veneración y de reposo. Y por lo que pudiera ser, LO MARAVILLOSO, en nombre de todos sus lectores, así lo desea.

LOS GRANDES MÉDIUMS

Stanislas Tomczyk, la médium polaca

EXPERIENCIAS DEL DR. OCHOROWICZ *

Segundo experimento. He aquí como lo explica el doctor Ochorowicz en el interesante relato que viene publicando en los *Annales des Sciences Psychiques*, de donde tomamos los datos para este trabajo: El reloj de pared está andando; la puerta de su caja de cristal, abierta. La señorita Tomczyk, de pie y de cara á la péndola, á unos 20 ó 25 cms. de distancia, parece mirarla á través de sus párpados cerrados, pero no la toca; sus manos se hallan durante todo el experimento en contacto con las del Dr. Ochorowicz, colocado detrás de ella.

Se trata de parar el reloj por medio de un esfuerzo de la voluntad y de la mirada; pero, obsérvese bien, de la mirada á través de los párpados herméticamente cerrados.

La médium parece concentrar toda su atención en el reloj. Pasan algunos minutos. Sus manos tiemblan, y al contrario de lo que en otras sesiones se observa, no se enfrían. Ella misma pretende explicar esta anomalía: «—Es que soy ahora más fuerte»—dice.

De pronto, la médium empieza á tiritar, como acometida de súbitos escalofríos, y *la péndola se pára*, dejando de sentirse el monótono *tic tac* de la máquina.

Una sospecha pasa por la mente del experimentador, que, como se ve, obra siempre con una desconfianza que constituye la mejor garantía de su sinceridad. Colocado á una distancia del reloj algo más corta que la que separaba á la médium, sopla sobre la péndola. Ésta tiembla ligeramente al impulso del soplo, pero no se pone en marcha. No basta, pues, soplar para modificar la posición de la péndola.

Tercer experimento: La péndola continúa parada. La señorita Tomczyk se coloca como en el experimento anterior y, lo mismo que antes, concentra toda su atención en el disco de cobre. De pronto, éste parece empezar á oscilar; pero no, continúa inmóvil. Transcurren algunos minutos; la péndola hace de repente media oscilación hacia la izquierda, y enseguida recobra su movimiento normal.

Los tres experimentos se han hecho en la forma anunciada por la médium. ¿Cómo explicarlos? Hay que creer que son, como asegura la médium, obra de la pequeña Stasia, á menos que supongamos una alucinación por parte del doctor Ochorowicz; pero á esto contesta el mismo experimentador: «*Será una alucinación, sí; pero entonces, el mundo entero no es más que una idea forjada por nuestro cerebro. Puedo añadir, como único comentario, que yo no soy hipnotizable, y que jamás he padecido alucinaciones.*»

La señorita Tomczyk explicó el triple fenómeno como todos los demás. Su doble era quien lo hacía todo *con sus manos fluídicas condensadas*, pero no entrando en la caja del reloj ni metiendo en ella las manos, sino por medio de esa fuerza que, según ella, se desprende de estas manos. Rechácese, si se quiere, esta explicación; pero no hay otra más admisible.

La flecha en el aire. Los fenómenos mediúmnicos de la señorita Tomczyk eran hasta aquí de dos clases: unos, los verificados con el reloj mágico, demostraban no sólo la existencia de una fuerza, sino de una fuerza inteligente; otros, los del reloj de pared, sólo probaban la intervención de una fuerza obediente. Desde luego, los primeros eran los más interesantes y los que, por consiguiente, preocupaban más al Dr. Ochorowicz. Persistiendo éste en su empeño de ver por sus propios ojos cómo era posible que la aguja del reloj mágico marcase la hora pedida, en una misma sesión (16 de Enero) colocó la pequeña flecha sobre la palma de su propia mano vuelta del revés, es decir, con el mecanismo secreto á la vista, y pidió á la médium que cambiase el contrapeso para una diferencia de dos horas.

Y entonces ocurrió una cosa curiosísima: El mecanismo no funcionó, pero *la aguja entera dió un cuarto de vuelta sobre la mano abierta del experimentador;* antes estaba colocada en dirección perpendicular á la de los dedos, y luego ella sola se había puesto en el mismo sentido que éstos. La médium, que durante el fenómeno permaneció absolutamente inmóvil, con las manos en las rodillas, se echó á reir; en cuanto al doctor, él mismo escribe en los *Annales des Sciences Psychiques:* «Imposible describir la impresión, mezclada de asombro y de alegría, que me produjo este fenómeno inesperado. Por primera vez en mi vida he *visto y sentido* un objeto inerte variar de posición *en mi mano.* Me satisface, además, que la pequeña Stasia, que hasta ahora parecía burlarse de todas las leyes mecánicas, se haya decidido á respetarlas. Este fenómeno, en fin, está lleno de promesas.»

Ahora bien: si la flecha se movía sobre la mano, ¿no sería la pequeña Stasia capaz de moverla en el aire? «—Ensayemos»—dice la sonámbula;—y aproxima sus manos hasta unos 30 cms. por encima de la flecha, invitándola, con ade-

---

* Véanse los números 15 y 16.

manes apropiados, á que se levante en el aire. Al principio la aguja no se mueve, pero pasados algunos minutos, Ochorowicz siente que se desprende de su mano, aunque trabajosamente, como haciendo esfuerzos para levantarse por el lado de la punta. La médium insiste, y de pronto la flecha se levanta y sube, *sube en el aire en una dirección ligeramente oblicua.*

El ascenso es tan brusco que la misma médium, asustada, lanza un grito y retrocede. Entonces la aguja, como si se desvaneciese la fuerza que la atrae hacia arriba, cae al suelo.

Repitióse el experimento una y otra vez. La segunda, la aguja llega hasta cerca de metro y medio de altura; la tercera, en vez de subir como antes sin oscilación ninguna, y oblicuamente, ascendió en línea vertical y oscilando ligeramente por su extremo inferior. La señorita Tomczyk trató de explicar esta diferencia; la pequeña Stasia levantaba primero la flecha cogiéndola por la punta con dos dedos, mientras la última vez la levantaba suspendida sobre un solo dedo, por una de las barbas de la punta. Estas explicaciones podrán admitirse ó no, pero corresponden admirablemente á las apariencias del fenómeno.

Satisfecho del resultado del experimento, el Dr. Ochorowicz volvió á poner la aguja en la esfera del reloj mágico, y júzguese cuál sería su sorpresa al ver que, habiendo arreglado él mismo el contrapeso para que marcase las tres, marcaba las siete. Examinó el mecanismo, y su admiración subió de punto; ¡el contrapeso había cambiado de posición! ¿Cuándo se había efectuado el cambio? Evidentemente, mientras el experimentador llevaba la aguja hacia la esfera del reloj mágico. En cuanto á los motivos que impidieron á la pequeña Stasia hacerlo cuando se lo pidió, en opinión de Ochorowicz pudieron ser tres: primero, la flecha, ligeramente colocada sobre la mano, no ofrecía resistencia bastante para dar la vuelta al contrapeso; segundo, la luz es siempre un obstáculo para las manifestaciones mediúmnicas, y tercero, la atención del experimentador, concentrada sobre la flecha, constituyó también una dificultad para la producción del fenómeno.

Estos motivos son hipotéticos, sin duda, pero explican el hecho de que el cambio del contrapeso se verificase fácilmente al llevar la aguja á su sitio, cuando el experimentador la tenía cogida por una punta, permitiéndola ofrecer cierta resistencia cuando apenas se preocupaba de ella, y cuando la luz, en fin, cubierta por su cuerpo, era más débil.

El hilo fantasma. Admitiendo por el momento las explicaciones de la señorita Tomczyk, en una nueva sesión quiso el Dr. Ochorowicz ensayar si la fuerza radiante de los dedos de la pequeña Stasia podía ejercerse, no sólo á través del vidrio, como en los experimentos con el reloj de pared, sino también *á través del vidrio y del vacío,* y con este objeto hizo uso de un radiómetro de Crookes, aparato formado por una esfera de vidrio herméticamente cerrada, en la cual se ha hecho el vacío, y que contiene una especie de molinillo que gira bajo la influencia de una luz intensa.

La médium, sumida en el sonambulismo, colocó sus manos á ambos lados del aparato, sin tocarlo, á una distancia de un decímetro próximamente. La luz, suficiente para ver todos los detalles del fenómeno, no es, sin embargo, lo bastante fuerte para poner en movimiento el molinillo. Al cabo de algunos minutos, la médium empezó á sentir un enfriamiento de los dedos, acompañado de cierta sensación como de pellizcos; es lo que ella llama «la corriente». El molinillo del radiómetro se movía; pero, cosa singular, su movimiento no era producido por una acción dinámica directa, sino porque todo el aparato acababa de experimentar una ligera sacudida, cual si la sonámbula hubiese tenido en sus manos un hilo extendido, cuya presión inclinase el radiómetro hacia un lado. Sin embargo, la señorita Tomczyk no tenía en las manos ningún hilo.

En vista de que el movimiento en el vacío parecía imposible, el experimentador trató de investigar, por lo menos, las causas del movimiento en el aire, ensayando con los más diversos objetos, todos los cuales se levantaban, en apariencia solos, como se había levantado la aguja del reloj mágico. «Pero he aquí—dice el Dr. Ochorowicz,—lo que ocurre con un pequeño almanaque en forma de libro. Desde luego, se mueve y se abre, como bajo la presión de un hilo cuyas puntas sostuviera la médium. Después, este supuesto hilo adopta una posición mejor entre las páginas del librito, y lo levanta con el lomo hacia arriba.

»El almanaque sube sostenido por las manos de la médium á distancia, se eleva á una altura un tanto por encima de mi cabeza, y entonces..... á la luz de una lámpara veo, mejor dicho, creo ver claramente un hilo negro, no muy fino, que va de una mano á otra de la médium, y cuyo extremo derecho no extendido, cuelga por debajo de la mano de la médium, formando una espiral irregular.

»—¡Espera!—digo á la médium.—¡No te muevas!

»Pero en aquel mismo instante ella ha empezado á bajar las manos, queriendo dejar el objeto sobre la mesa, y el almanaque cae de golpe, como cayó la flecha el otro día.

»Entre los dedos de la médium no había nada.....»

Un investigador superficial, un «sabio» como hay tantos en el mundo, no hubiera pasado de ahí. Entre las manos de la joven polaca había un hilo. ¿Á qué indagar más? La trampa parecía evidente, la pequeña Stasia no era más que una invención de la médium. Pero Ochorowicz no pertenece á esa clase de investigadores, ni aspira á pasar por sabio; le basta con serlo. Como todo el que se ha consagrado á este género de estudios, conoce la importancia que se ha querido dar al empleo fraudulento, inconsciente ó no, de un hilo ó un cabello por Eusapia Paladino; pero cuando la célebre médium italiana ha puesto en práctica este procedimiento, se ha visto luego el hilo ó el cabello en sus manos, á veces ella misma lo ha enseñado, como ocurrió en uno de los casos referidos por Flammarion. En sus experimentos con Stanislas Tomczyk, por el contrario, *Ochorowicz no ha visto ni encontrado nada en las manos de la médium.* «Y lo más extraño—dice el profesor,—es que el hilo no me ha pa-

recido igualmente visible de todas partes. Á pesar de lo rápido de la aparición, traté, moviendo bruscamente la cabeza, de encontrar el mejor punto de observación, y he creído descubrir que mirándolo, no contra la luz, sino un poco de lado, no sólo era menos visible, sino casi enteramente invisible. Y, sin embargo, no se trataba de un cabello fino, sino de un hilo como de coser, negro y muy grueso.»

Ochorowicz repitió por seis veces el experimento, con diferentes objetos. El hilo no volvió á verse, pero los objetos fueron siempre levantados como si efectivamente se valiese la médium de un hilo. Por fin, se trató de levantar la tapa de una caja de cartón, y después de dos ó tres tentativas infructuosas, en vista de que ello parecía imposible, el experimentador, empezando á sospechar la verdad, se atrevió á aconsejar á la médium:

—Jamás podrás levantar esa tapa con un solo hilo; pon otro.

—¡Pero si yo no tengo ningún hilo!—respondió ella.—¿No lo ves?

—No importa; prueba á tener dos.

Á los pocos minutos, la tapa empieza á alzarse alternativamente por uno y por otro extremo, y por fin se alza en el aire, mientras la médium tiene las manos abiertas, como tendiendo dos hilos cruzados sobre cuyo cruce se apoyase el objeto. Pero la señorita Tomczyk no tiene hilo ninguno; sus manos están frías y húmedas por el lado de la palma, pero nada más.

Sólo quedaba por hacer un experimento para averiguar lo que hubiera de real en aquel hilo. Ochorowicz pidió á la médium que, en vez de levantar un objeto cualquiera, levantase una mano de él, ó, por lo menos, un dedo. Si efectivamente había hilo, por fuerza el investigador tendría que sentir su contacto y hasta podría cogerlo y examinarlo. La médium accedió, y poniendo una mano á cada lado y á cierta distancia de la mano de Ochorowicz, empezó á hacer esfuerzos para levantarla. En el mismo momento, cuando ella comenzaba á separar sus manos lentamente, Ochorowicz sintió en la suya un frío bastante notable y enseguida *la sensación de que un hilo muy fino se deslizaba sobre su epidermis; pero este hilo era invisible, y además, parecía hacerse más y más fino á medida que se separaban las manos de la médium, hasta desvanecerse ó evaporarse por completo al llegar éstas á unos 20 cms.*

Se repitió la experiencia, y el resultado fué el mismo. Entre las manos de la médium había habido un hilo, pero un hilo de la misma naturaleza que las manos y los rostros que se forman en presencia de Eusapia y de otros médiums, y que se desvanecen con el mismo misterio; un hilo mediúmnico, ó, si se prefiere, un hilo fantasma.

Este hilo es lo que la médium llama la «corriente», acumulada á fuerza de atención concentrada y de deseo. «Esta corriente—dice la señorita Tomczyk,—no es una vibración; es algo que se desprende realmente de mis manos, solamente de las puntas de los dedos. Cuando se abre un mechero de gas, el flúido se escapa silbando; aquí falta el silbido, pero lo que se desprende se escapa en la misma forma, aunque no por una sola abertura, sino como por numerosos agujeritos. Cuando aparto los brazos, esta corriente se adelgaza y se rompe..... Cuando los dedos están juntos, forma como una madeja de hilos que alcanzan el objeto; cuando separo los pulgares, la madeja se hace doble y puede sostener objetos más grandes.

»Un contacto extraño corta en el acto la corriente y me hace sufrir; por eso trato instintivamente de evitarlo.

»Esto es cuanto puedo decir; me falta instrucción y no sé expresarme mejor.»

Esta explicación, sin embargo, se ajusta bastante á la que el Dr. Ochorowicz, después de repetir el experimento y de sentir el contacto del hilo fantasma, se atreve á formular. Nada mejor, para comprenderla, que reproducir al pie de la letra las palabras del concienzudo experimentador.

(Continuará.)

Un caso notable de Psicometría

Después de los fenómenos espiritas propiamente dichos, hay pocos tan interesantes y que tanto llamen la atención del «público grande» como los que entran en el terreno de la Psicometría; esto es, en ese género de telepatía que permite conocer hechos pasados por la influencia, si así puede decirse, que éstos dejaron en algún objeto. Este interés es natural; podríamos compararle, respecto al que despiertan los demás fenómenos telepáticos, con el que inspira el fonógrafo respecto á otros géneros de transmisión de sonidos. El psicómetra es un verdadero fonógrafo, y como éste, necesita un medio material, un disco, que es el objeto que conserva la influencia del suceso; el telépata es el teléfono, en el que no hay conductor visible, como no es necesario que lo haya en el teléfono, hoy que la telefonía sin hilos es un hecho.

De un caso que, abusando un poco de la imagen, podríamos considerar como uno de los discos más notables del fonógrafo psíquico, se ocupa el último número de la publicación inglesa *Occult Review*. El hecho lo refiere Mr. Abraham Colles, quien hace cinco años recibió un puñado de tierra, enviado para que lo examinase un psicómetra, por un caballero residente en el condado de Worcester. El remitente se hallaba impedido, y no fué él mismo, por consiguiente, sino un amigo suyo, quien recogió la tierra.

Mr. Colles entregó ésta á una señorita dotada de singulares aptitudes psicométricas, pero que no es psicómetra profesional, por lo que desea ocultar su nombre bajo el seudónimo de miss Q. Su procedimiento de adivinación consistió en ir cogiendo pellizquitos de tierra y escribir enseguida las impresiones recibidas. El resultado escrito de estas impresiones fué enviado al remitente, quien hizo observaciones acerca de algunas de ellas, pero observaciones en su mayoría de escasa importancia, como nuestros lectores podrán comprobar por sí mismos leyendo las afirmaciones de la psicómetra, que reproducimos á continuación, dando entre pa-

réntesis las observaciones hechas por el interesado en la consulta.

Primera toma de tierra.—«Pienso en un mina..... la superficie de un paraje pedregoso próximo á una mina; cerca de una fragua, porque si no, ¿cómo pienso yo en fuelles, en un ventilador de abanico ó una fragua de herrero?» (La tierra es, en efecto, de encima de una mina de carbón; cerca hay una pequeña fragua de hacer clavos; hay también un ventilador en la mina, pero no de abanico.)

«Estoy en una mina de carbón, seguramente. Siento la presencia de agua estancada y convertida en barro con el polvo del carbón.

»Pienso en cavadores trabajando; veo carretillas, como si se llevasen lejos alguna cosa extraída de ese suelo negruzco.» (Ahora no hay cavadores en este punto, pero hace años los hubo cerca.)

«¿No estoy en la superficie de una mina?» (Precisamente ese es el origen de la tierra enviada.)

Segunda toma.—«Veo casas, casas chiquitas; debe de ser una calle de aldea, y esta aldea está en las inmediaciones de una mina.» (Esta visión describe admirablemente el sitio de donde se envió la tierra y donde ocurrieron los hechos de que luego se habla.)

«Pienso en un hundimiento, en un suceso grave en que se perdió una vida, pues me parece sentir el terror de una pobre mujer que ve á otra persona desaparecer repentinamente.» (Precisamente un suceso de esta índole ocurrió junto al sitio en cuestión hace unos doce meses. El que recogió la muestra de tierra pasa diariamente por allí al ir y volver de su trabajo.)

«¿Por qué este poquito de tierra parece vibrar tan violentamente con el rumor de las voces de los hombres que se consultan mutuamente? Hombres cultos..... ingenieros, un sacerdote, un médico. El último ofrece una pequeña peculiaridad siempre que un caso es grave, y precisamente ahora se trata de un caso serio. Diríase que mira más allá del enfermo ó el difunto, y digo el difunto porque pienso en que interviene un juez, como si se hubiese perdido una vida, ó tal vez varias.» (No sé quien pudo ser ese médico.)

«¿Era esa vida la de una mujer? Oigo un grito de agonía. «¡Edita! ¡Edita!» y veo á una mujer que desaparece, como si madre é hija se hubiesen separado para siempre.» (No es seguro que el nombre dado sea realmente el de la hija; pero se tratará de averiguarlo.)

«¿Es que algunos buenos amigos arrancan de ese sitio á la pobre hija? ¿No se desmaya la infeliz ó sufre un ataque histérico á causa de un dolor que nadie puede consolar?

»¿Está ese amable doctor más preocupado de la viva que de la muerta?

»Es difícil entenderlo. Esta tierra me trae el espíritu de alguna desdichada criatura que vaga incesantemente por ese sitio, preocupada con algún negocio. Y otra vez noto la idea persistente de una hija, de una hija amada.

»¿Continuará la hija llevando los negocios de esa infeliz criatura?» (Los negocios los lleva hoy la familia de la difunta, sea el hijo ó la hija.)

«¿Se recuperó el cadáver? Así lo creo, porque veo una iglesia pequeña y una mujer sin madre que llora junto á una tumba abierta, al lado de la cual hay un ataúd forrado de paño negro. (En efecto: hubo muchos hombres que se ofrecieron á bajar á la grieta con cuerdas, y no se perdió ni un momento en extraer á la mujer; pero cuando la sacaron ya era cadáver.)

«Pienso en una industrial, en alguien más popular ó con más conocidos que una simple campesina, pues hay mucha gente contemplando á la mujer que llora, que es la misma que vió desaparecer á su compañera.» (La muerta era posadera.)

«¿Por qué esta tierra trepida con el grito del terror: «¡Edita! ¡Edita!»? Después de esta exclamación vino la pérdida del conocimiento, y el espanto pasó á la mujer que había quedado en el borde de un agujero ó una grieta del terreno.

»¿Se ha rellenado el sitio donde ocurrió esta tragedia? ¿Es un sitio señalado por este triste suceso, próximo adonde vivía la víctima?» (Sí; la grieta fué rellenada enseguida. El sitio está muy próximo adonde vivía la mujer.)

«La catástrofe parece haber ocurrido casi á la vista de su casa.» (Exacto.)

«¿Era esa gente católica? Oigo gritar: ¡María, Madre de Dios!, como si alguien hubiese dirigido sus últimos pensamientos á la Virgen.» (No se han averiguado las ideas religiosas de la familia, por no conocerla personalmente.)

Tercera toma.—«Esta tierra procede de encima de un hundimiento cerca de una aldea. Veo un camino, veo vallados á ambos lados, y detrás de ellos huertas y jardinillos. Veo patatas y coles.» (Exacto. Dos hundimientos han ocurrido por este sitio. La descripción se ajusta perfectamente al punto de donde procede la tierra.)

«Es cerca de un sitio público, pues oigo hablar á muchos hombres; son gente burda y bulliciosa, y huele á tabaco. En la casa hay una impresión de disgusto, como si hubiese acaecido una calamidad..... una calamidad ocurrida á la vista de la posada.» (La posada es, en efecto, muy frecuentada por los obreros.)

«La casa está triste, como si el cadáver estuviese en ella. Esos hombres toscos se reúnen y hablan con cariño de una mujer, una pobre muchacha, y dicen que ella misma estuvo presente cuando la tragedia y fué un milagro que no se hundiese también. Me parece oir: Muerte por la voluntad de Dios.» (El dictamen del juez fué: «Muerte por accidente»; pero no se puede asegurar si alguien lo dijo en otra forma.)

Cuarta toma.—«También este poquito de tierra conserva la sensación del desastre y muerte repentina. Veo dos mujeres en un camino, cargadas de compras como si volviesen del mercado. Van hablando tranquilamente cuando, sin el menor síntoma alarmante, la tierra se abre y se traga á la mujer de más edad, á la vista de la más joven, cuyos gritos atraen hombres y mujeres á las puertas de sus casas.» (El mismo hecho con más detalles. Todo exacto.)

«Aunque es de día, veo hombres, que han estado trabajando de noche, levantarse á escape de sus camas para ver lo que ocurre.» (Mi cuñado y algunos compañeros suyos —observa el remitente de la muestra,—estuvieron trabajando de noche y se levantaron para correr en auxilio de la víctima. Era día de pago, cerca del mediodía.)

«¿No vienen corriendo grandes y chicos con cuerdas y escaleras que han cogido en la boca del pozo? Y cochecillos, el *gig* del médico, y á lo lejos el toldo reluciente de una jardinera, como si llegase alguien de más importancia. Los gemidos de tristeza y espanto de una mujer dominan todo

ese tumulto.» (Á poca distancia está la boca de un pozo, y de allí corrieron algunos obreros para ayudar).

Quinta toma.—«Parece que estamos en un camino estrecho. Veo casas que se están cayendo, cerca de donde dos señoras de edad viven á despecho de las amenazas de la naturaleza y de las órdenes de los hombres, pues la tierra se hunde bajo su domicilio, dando lugar á que se tema por su vida. Las paredes de su casita se llenan de grietas por todas partes.» (La muestra de tierra es de un sitio donde las casas se están convirtiendo rápidamente en ruinas. No lejos de allí hay una casita donde viven dos señoras ancianas que hace meses fueron avisadas del peligro que corría su morada, debido á los trabajos de minería, pero que aún viven allí y se resisten á mudarse. No sé si las parades tienen grietas, pero dícese que los pisos tiemblan mucho.)

«¿Ha muerto una de esas señoras, ó es que está durmiendo mientras su hermana se ocupa en los quehaceres domésticos?» (Ambas señoras están vivas.)

«Cerca de su almohada hay una grieta peligrosa.» (No sé si es cierto.)

«La señora ignora el peligro, ó está sorda».

«La tierra tiembla y vacila con las trepidaciones que se sienten bajo la superficie.» (Perfectamente exacto; en cierta extensión alrededor, la tierra es muy movediza por falta de base.)

«¿Por qué es tan constante la sensación de una madre y una hija que van por ese camino, la una tomada y la otra dejada? ¿Es que quien recogió la muestra de tierra pensó mucho en la catástrofe ó tuvo algo que ver con la extracción del cadáver?» (El que recogió la muestra no intervino en la extracción del cadáver, pero llegó al sitio de la catástrofe cuando estaba rellenándose la grieta, dos días después. Además, durante los cuatro últimos meses ha pasado por allí diariamente al ir y volver del trabajo.)

Sexta toma.—«Parece que estamos en una mina, cerca del agua. ¿Extraen agua con bombas? Es una mina muy húmeda.» (La mina en donde trabaja el que recogió la muestra es muy húmeda.)

«¿Qué razón hay para que yo piense en hierro?» (Tal vez es porque con mucha frecuencia se obtiene pirita de hierro á la vez que el carbón.)

«¿Se ha recogido la muestra de tierra con ayuda de un cuchillo de mango de hueso que ha servido antes para cortar tocino?» (La tierra se cogió con las manos; pero el que la cogió tiene un cuchillo de esa clase y lo ha empleado muchas veces para cortar tocino.)

«El cuchillo debe haber picado tabaco, si es que el tabaco puede picarse; la hoja echa un olor muy fuerte á tabaco.» (En efecto: el mismo cuchillo ha servido para picar muchas libras de tabaco.)

Tal fué el resultado de este experimento psicométrico, en el que realmente admira la abundancia y minuciosidad de los detalles. Entre lo adivinado por miss Q. y las observaciones hechas por el remitente de la tierra hay bien poca disparidad. Posteriormente, este último añadió en una carta: «Ya he podido comprobar dos extremos acerca de los cuales tenía duda. En primer lugar, la familia de la víctima era católica, como la psicómetra sospechaba. En segundo lugar, el médico que asistió en aquel caso tiene precisamente esa mirada vaga y soñadora que se ha descripto. Así me lo asegura persona que le trata personalmente.»

La exactitud de las averiguaciones psicométricas de miss Q. se halla corroborada por la siguiente información que un diario, el *Dudley Herald*, publicó cuando ocurrió la catástrofe tan extrañamente recordada:

«Mrs. Emma Webb, propietaria del *Merendero de la Fragua*, en Gornal Wood, había estado de compras en Dudley, acompañada de su hija. Regresaron en tranvía y se apearon en Chapel Road, desde donde los vecinos de Gornal Wood tomaban un atajo á lo largo de una vía férrea particular, propiedad de lord Dudley. Mrs. Webb y su hija habían recorrido kilómetro y medio y estaban ya á la vista de su casa. Ambas iban charlando, cuando de pronto se hundió el terreno, abriéndose una grieta de cerca de tres metros de anchura, en la cual desapareció la madre lanzando un grito de angustia. La hija, que iba á su lado, empezó á gritar, y sólo por un milagro escapó á la misma terrible suerte. Uno de sus pies resbaló en la orilla misma de la grieta, y es extraño que ella no fuese también tragada por la tierra. Por fortuna, pudo agarrarse al borde, y, después de un minuto de esfuerzos, consiguió salvarse. Entonces se arrodilló junto á la grieta, convertida en tumba de su madre, y miró al fondo. Á diez y ocho pies de profundidad yacía su madre, con el cuerpo doblado y cabeza abajo. En aquellos momentos apareció un tren de vagonetas cargadas de carbón. La muchacha comenzó á gritar y á hacer señas, y uno de los obreros, llamado Cotton, corrió adonde la joven Edita Elena Webb, de diez y seis primaveras, permanecía arrodillada y presa de la desesperación, siguiéndole allí el maquinista Candlin. Cotton convenció á la joven para que se fuese á su casa, mientras se traían cuerdas, y Candlin, con riesgo de su vida, se ofreció á bajar al fondo de la grieta. Las paredes de ésta se ensanchaban hacia el fondo, por lo que los bordes se desmoronaban fácilmente, pero Candlin, despreciando este peligro, bajó y, cogiendo á la mujer, se agarró á la cuerda, y con ayuda de varios hombres, que entretanto se habían ido reuniendo, salió á la superficie. El cadáver fué llevado al *Merendero de la Fragua*, domicilio de la víctima.

»El terreno ha continuado trepidando de tal manera en los alrededores, que muchas de las casas que hay por allí se están agrietando y hundiendo á consecuencia del movimiento.»

Suponemos que ninguno de nuestros lectores será lo bastante cándido para creer que todo el mérito de la psicómetra consistía en haber leído anteriormente el suelto que acabamos de reproducir. Aun en el supuesto de que, efectivamente, lo hubiese leído, miss Q. no pudo encontrar en él ni los detalles que dió acerca del suceso ni menos los que añadió respecto al estado actual del punto en que ocurrió el hundimiento y al hombre que recogió la muestra de tierra. Y claro está que ni se le dijo ni se le dió motivo para sospechar que la tierrra procedía de un determinado sitio.

Centro de investigaciones psíquicas

Son pocas hasta ahora las adhesiones que hemos recibido á la iniciativa de convocar una reunión para tratar en ella de la creación de un Centro de Investigaciones Psíquicas. Si el número de aquéllas aumenta lo bastante para que creamos llegada la hora de convocar la reunión, así lo haremos.

EL OCULTISMO Y EL ESPIRITISMO EN MARRUECOS

II

Evolución del rito.=Talismanes y amuletos

La evolución del rito se explica mediante análisis ó desintegración del concepto de lo mágico. Si, como ya se indicó al dar una razón sociológica del *Mal de ojo* *, la Magia resulta constituida por un determinado conjunto de exteriorizaciones del espíritu en la vida del hombre primitivo, predominantemente afectiva. Si en el fondo de todo acto mágico palpita un deseo, que ese hombre primitivo trata de satisfacer; deseo tanto más vehemente cuanto más intensa es la necesidad colectiva que el acto mágico refleja, en esas varias formas de exteriorización de lo espiritual, de la *motricidad*, como diría de Rochas, en esas objetivaciones del *yo* ha de revelarse la gradación natural que se observa en la realización de la actividad humana. El primer aspecto de lo mágico es esencialmente imitativo: la mímica, el gesto, constituyen la manifestación primera de la magia imitativa, forma primaria de la Magia. Después, el rito es oral (encantamiento); el gesto de la magia imitativa es reemplazado por su equivalente fonético: basta, ó debe bastar, para producir el fenómeno, su sola enunciación. Tal vez quedará una supervivencia de esto en la consabida frase: *Sésamo, ábrete*, de *Las mil y una noches*. Más tarde, la enunciación del deseo se verifica por medio de la escritura, atribuyendo á lo escrito la misma fuerza mágica que al sonido ó enunciación oral. Y, por último, esta enunciación se hace ó practica por representaciones gráficas, descripciones, dibujos, pinturas..... Así hemos visto que el maleficio del *Mal de ojo* es destruído por el gesto, representado por la mano extendida y proyectada hacia adelante; y también que se obtiene el mismo resultado, en vez del gesto, por medio de una mano de plata que el sujeto afectable lleva colgando de la muñeca. De suerte que el rito ha debido seguir una marcha evolutiva paralela al desarrollo de la cultura humana: gesto (mímica); palabra hablada (encantamiento) ó escrita; representación gráfica (figura).

Al rito mágico figurado ó escrito, lo llamamos *talismán*, tomando esta palabra, no en el sentido restringido que le daban los griegos (*telesma*), por el que el objeto aparecía sometido á ciertas influencias astrológicas, sino en el sentido general y amplio que se acaba de indicar y que se conforma con la raíz (*t'ilsam*) del árabe vulgar, en la que tiene, según creemos, su ascendencia directa.

* * *

Las investigaciones históricas nos presentan los talismanes como propulsores de la vida social en la antigüedad más remota. Estatuas talismánicas se han encontrado á la entrada de casas y templos asirios. En el libro de los Números se lee que Moisés, para preservar á los israelitas, en cierta ocasión, de las mordeduras de las serpientes, hizo fabricar una de bronce y colocarla en alto, para que, con su vista, se libraran del maleficio. Igual virtud se atribuía en Constantinopla á una serpiente, también de bronce, colocada en el Hipódromo. Según una tradición, la cúpula que remataba en otro tiempo el *mih'rab* de la mezquita de El Karuiyin, en Fez, y después la bóveda que fué construída sobre ella, contenía varios talismanes. Uno tenía la virtud de preservar la mezquita de todos los nidos de ratones. Otro, bajo la figura de un pájaro que tenía en el pico un escorpión, del que no se veían más que las extremidades, libraba la mezquita de los escorpiones. Otro, colocado en el extremo de una barra de cobre amarillo y ostentando forma esférica, servía para alejar las serpientes. El examen detenido de ciertos detalles correspondientes á las representaciones gráficas de esos talismanes, denota que recuerdan los animales que se pretendía alejar. No hay en todo esto sino el reflejo fiel de una creencia primitiva y muy extendida, según la cual, la imagen de un animal dañino preserva de los ataques de este animal.

* * *

Dos teorías se han propuesto para explicar el origen de estos talismanes ó ritos. La teoría de la *propiciación* y la teoría de la *inoculación*. Conforme á la primera, por medio de la imagen de un animal se honra á toda su especie; se la rinde pleitesía, se la rinde adulación para conseguir que no cause daño. Para los partidarios de la segunda teoría, el hombre primitivo cree que tomando la substancia del sér temido ó poniéndose, simplemente, en contacto con él, ó al menos con su imagen, se adquiere así una cierta inmunidad contra sus propios ataques.

Consecuentes con esta creencia los habitantes de Marruecos y demás regiones del Norte de África, curan las picaduras de escorpión aplastando este bicho contra la parte lesionada. En las mismas regiones, y en la parte lindante con el Sahara, cuando uno es mordido por un perro, lo sujeta y le corta pelo, que aplica sobre la mordedura. Si está rabioso, lo mata, le abre el pecho, le arranca el corazón y lo asa y come seguidamente. Aplicando el mismo criterio, la analogía que diríamos, por lo de *similia similibus curantur*, los marroquíes y demás bereberes, para curar el sarampión y otras afecciones caracterizadas por manchas lenticulares ó rosáceas, dan de comer al niño lentejas. Un diente de lobo sirve para proteger á los niños contra las enfermedades consiguientes á la dentición.

—

¿Se contradicen las teorías de la propiciación y de la inoculación? No hay, en verdad, oposición; y no la hay, por cuanto parecen responder, una y otra teoría, á etapas ó períodos distintos en la evolución mental del hombre primitivo. La teoría de la *propiciación* se refiere á una época ó tiempo en que las fuerzas mágicas son concebidas como amorfas y difusas en el espacio. La teoría de la *inoculación* corresponde á un estado mental ó período en que se personifican esas fuerzas mágico-sagradas. Es conveniente, ade-

* Véanse los números 13 y 14 de esta Revista, que tratan del tema enunciado.

más, para explicar estas teorías, recordar la creencia universal en la relación de simpatía que el hombre primitivo suponía existente, siempre entre una lesión y el objeto que la producía. De esto se sigue indeclinablemente una consecuencia, y es: que, generalmente, se cuida el objeto, se procura su conservación, para curar con él la herida.

* * *

En la determinación de la eficacia de los talismanes ha seguido el hombre la ley biológica de obtener el mayor resultado con el menor esfuerzo. Por eso se le ve atribuir mayores virtudes (entre los talismanes figurados), á lo que puede llevar fácilmente consigo. Tales son los que consisten en caracteres gráficos. De ahí la enorme profusión ó extensión de los talismanes escritos, entre los que se incluyen los *amuletos*, llamados *h'erz* (de una raíz árabe que significa preservar). Estos amuletos eran ya conocidos de los asirios; los hebreos les daban el nombre de *kama*.

Los talismanes ó amuletos aún llamados *h'erz* son de dos clases: unos se llevan contra determinados peligros ó azares; otros, contra toda clase de contratiempos. Estos últimos se aplican á los niños, según los maleficios á que pueden estar expuestos: alguna vez se los coloca en un tubito de plata (ó hierro blanco); ó las más de las veces en un saquito de cuero, adornado, generalmente, de seda y oro. En muchos sitios del Norte de África se cree que este saquito, y, sobre todo, el cordón de que pende, han de ser amarillo ó rojo *.

También se usan estos amuletos anudándolos ó suspendiéndolos del cuello de los animales domésticos para preservarlos de sus enfermedades; no faltan pensadores que se fijan ó hacen mención especial, á este propósito, de la esquila (campanilla) ó cascabeles, de uso universal, como ejemplo ó prueba de la generalidad de la creencia en la virtud mágica del sonido.

—

Las prácticas de comercio han dejado sentir su acción, vulgarizando el empleo de los amuletos. Actualmente se venden amuletos-autógrafos *(h'erz)* á un precio sumamente módico: empero, la mayoría de los bereberes prefieren los escritos por mano de un *t'âleb* ó *yokkx'a*. El tamaño del autógrafo varía según la extensión de las fórmulas mágicas: unas veces no es más que un simple trozo de papel, otras un pliego grande doblado, ó un cuaderno. Influye también en su estimación la clase de tinta con que esté escrito: los libros de Magia no hablan más que de amuletos escritos con agua de rosas, de azafrán, ó de flores de naranjo..... Esto, por lo que toca á los libros de Magia; porque, de hecho, los amuletos están escritos, las más de las veces, con tinta negra. Con todo, los bereberes dan sobrestima á los escritos con tinta del país, llamada *smok*, que viene á ser una especie de negro animal obtenido por la cremación de lana, y diluído, el residuo, en agua: su uso especial en la escritura de los amuletos es otro ejemplo demostrativo de la conservación de los antiguos usos en Magia.

—

Por lo general, se escribe sobre el papel la fórmula mágica. También es frecuente que los libros de Magia prescriban otras materias, verbigracia la piel de gacela. Sin dificultad se ha creído que el amuleto debe estar encerrado en una cajita ó estuche de cobre, por cuanto este metal se considera el más propio para conservar la virtud inherente á los encantamientos. Se considera el amuleto eficaz para hacer regresar al ausente, si está escrito sobre una lámina de cobre, *con una pluma de mirto templada en agua de azafrán*. Entre los bereberes todavía se usan láminas de plomo, uso que puede decirse clásico en la confección de tabletas mágicas en la *antigüedad: la fórmula mágica ha de estar grabada* en la lámina de plomo, ó simplemente escrita en tinta; debiendo el sujeto llevarse el todo sobre sí.

Finalmente, se puede fijar el amuleto en la misma piel. Los sociólogos se fijan en esto para asignar un carácter mágico al tatuaje. Lo tenía en la Arabia anteislámica; por eso lo prohibió Mahoma: lo cual explica asimismo, por qué subsiste aún entre los musulmanes; hay todavía casos en que se lo considera como teniendo una virtud mágico-medicinal; por más que hoy más bien tiene la consideración de adorno. Puede decirse con exactitud, aunque sólo en cuanto á su origen, que fué un amuleto permanente.

* * *

Entre los amuletos más conocidos han alcanzado una extraordinaria difusión estos tres: *El Andrûn*, el llamado de la coraza (el *yaüxen)* y el *Moryâna* (de la lavandera de los muertos). Veamos el asunto á que cada uno se refiere dentro de lo que sobre ellos se sabe; pues algunos de esos talismanes contienen fórmulas incomprensibles.

El amuleto *El Andrûn*, comienza por la narración ó historia de un Rey * de un país fabuloso, llamado *El Andrûn*, idólatra temible que infundió el terror en los pueblos comarcanos; los musulmanes le hicieron la guerra y estuvieron á punto de ser vencidos. *El Andrûn* debía todo su poder *á un amuleto* que llevaba siempre sobre su cabeza: mas, he aquí que un ave descendió del cielo, arrebató al idólatra su corona, y con ella, el talismán, y los dejó caer en el campamento de los muslimes, lo que decidió la victoria en favor de éstos.

¿Tendrá el relato anterior alguna conexión—siquiera sea simbólica—con el memorable combate en que pereció y perdió su corona el *ultimus Rex visigothorum?* Aun sin pronunciarse por la afirmativa, conviene advertir que ordinariamente se llama este amuleto *El Andrus*, palabra que, en sentir de los expositores de estas materias, viene á ser una corrupción del término *Andelus;* de donde pretenden inferir que la voz *Andalucía* es su equivalente en castellano, y el reino andaluz el territorio donde se desarrollaron los sucesos con que comienza la naración del amuleto **.

—

El amuleto de la coraza—*h'erz el yaüxen*,—fué recomendado por el ángel Gabriel á Mahoma, diciéndole: «Deja la

* En España se usa para librar á los niños de ciertos males, y al fajarlos, lo que llaman los *evangelios;* una bolsita de tela, aplastada, dentro de la cual se incluyen oraciones impresas (parte de los Evangelios).

* Recuérdese el principio—siempre el mismo—conque durante la niñez se nos aduerme: «Una vez era un Rey.....»

** Por su parte, el profesor Yungfer (del Instituto Federico, en Berlín), sabio investigador de los orígenes de los nombres de lugar hispano-portugueses, al tratar del origen del término Andalucía emite la opinión de que la palabra *Andalos*, de que deriva, significó para los moros «Tierra de Vándalos.» Á su vez, el profesor árabe Makkari, ocupándose de tan curioso tema, cierra la discusión diciendo que «sólo Dios es omnisciente».

coraza y toma este talismán; así que lo hayas recitado y lo lleves, te protegerá mejor que todas las corazas.»

—

Finalmente, el amuleto *Moryâna*, corresponde á una leyenda muy generalizada en la magia musulmana: la leyenda de la lavadora de los muertos, la cual lavandera ó lavadora encontró un talismán en un cadáver confiado á sus cuidados. Se llama como queda expresado ese amuleto, porque lo poseyó una mujer de aquel nombre, concubina de su rey (la tradición no nos ha transmitido el nombre de éste); sin ser hermosa—ni mucho menos—la concubina logró hacerse amar del soberano, gracias á la virtud del talismán. Así que murió aquélla, su cadáver fué entregado á la lavadora de los muertos; quiso verla el rey por última vez, y la encontró fea. Tan desagradable impresión debióse á la lavadora de los muertos, por haberse apoderado del talismán que la concubina llevaba consigo. Aunque era vieja la lavadora, merced al influjo del talismán, el rey la diputó joven y hermosa; tanto, que se prendó de ella y la tomó por esposa: de su unión nacieron dos hijos.

* * *

Algunos de estos talismanes, el *Moryâna* entre ellos, se distinguen por tener uno ó más cuadros, signos ó dibujos mágicos (*yeduel* ó *játem*). Veamos en qué consiste esto.

Reconocida ó supuesta fuerza mágica en el sonido y en la palabra, ha de reconocerse también en su representación gráfica. Toda vez que se fijan materialmente los signos gráficos representativos de la palabra, se pueden someter, por esto, más fácilmente al imperio de nuestra observación; y, por lo mismo que su duración es mayor que la de los signos orales, más intensa debe ser la fuerza mágica que en ellos se manifiesta. Es de sentido natural que el hombre primitivo concibiese la fuerza mágica como concentrada en esos signos gráficos, ó, de otro modo, es natural que el hombre primitivo considerase la escritura como teniendo, de por sí, virtud mágica.

Además, son notorias las ventajas que obtendría del encantamiento mediante fórmula escrita. Pues mientras que siendo la fórmula oral se aumentaba su valor repitiendo de mil maneras las palabras mágicas, si éstas se consignan por escrito será más fácil así educir de ellas las virtudes mágicas. Desde luego se las puede colocar como se quiera, dividirlas, escribirlas á voluntad. Además, las palabras de una misma fórmula pueden ser separadas, estar dispuestas en series, distribuídas según varias formas geométricas. Por lo mismo, pueden entremezclarse nombres correspondientes á diversos órdenes de ideas; por ejemplo, los nombres de Dios, de ángeles, demonios, versículos del Korán; pueden ser dispuestos en figuras geométricas, distribuídas en cuadrados descompuestos en letras. Como las letras se corresponden con ciertas cifras, pueden aquéllas ser sustituídas por éstas. En fin: debiendo tener el gráfico incomprensible una virtud especial, en atención al carácter mágico de lo que es misterioso y secreto, se podrán multiplicar de ese modo los signos desconocidos que sean considerados como representativos de nombres ó propiedades maravillosas; los trazados ó dibujos así formados, de ordinario rectangulares ó poligonales, se llaman en árabe *yeduel*, expresión que equivale en nuestro idioma al término *cuadrado*. También se los llama *játem*, que significa *signo* y *dibujo mágico*.

A. M. PAJARES

Más de la obra de Mr. Stead

La Oficina establecida en Londres por Mr. Stead con el propósito de intentar comunicaciones con el mundo de los espíritus, es hoy el más interesante objeto de estudio que á los aficionados á las investigaciones psíquicas puede ofrecerse. Por eso, aunque en este número continuamos la publicación del reglamento de tan discutido Centro, vamos á insertar también un interesantísimo artículo del periodista M. Raymond, que refiere en él sus personales impresiones respecto á las diversas sesiones á que asistió. A nuestros lectores no les ha de parecer, seguramente, excesiva nuestra insistencia en lo que constituye la más atrayente actualidad en materia de psicología experimental.

Lo que es la "Oficina de Julia"

Se ha escrito mucho en estos tiempos y se ha divagado un poco sobre la *Oficina de Julia*—Oficina de comunicaciones ultraterrestres establecida recientemente en Londres—y sobre su fundador Mr. W. T. Stead, publicista inglés y director de *Review of Reviews*.

De creer á algunos, allí se trabaja simplemente por la resolución del problema, hasta ahora insondable, del más allá y de la inmortalidad de las almas. ¿Los muertos pueden entrar en contacto con los vivos y darles de su presencia invisible pruebas susceptibles de ser percibidas por nuestros imperfectos sentidos terrestres?

Mr. W. T. Stead, en un artículo reciente, responde categóricamente: Sí.

Los escépticos sonríen, los convencidos protestan enérgicamente de aquéllos, invocando ciertos hechos revelados por el fundador de la Oficina. Se citan nombres, referencias, y se discute con bastante seriedad la reciente *conversación*—para no expresar con una palabra tan *terrestre* un cambio de impresiones entre un vivo y un puro espíritu, diremos una reciente *plática*—de un miembro de la *Oficina de Julia* con el aviador Lefebvre.

¿Qué valor pueden tener esas afirmaciones? ¿Qué hay de exacto ó, al menos, de posible en estos ensayos de correspondencia ultraterrestre? Sería interesante saber y precisar el punto donde la verdad termina para dejar lugar á la fantasía.

He aquí los resultados de mi información, de mi *aventura*. Cuento simplemente lo que un profano como yo ha podido ver, y lo cuento de buena fe.

La *Oficina de Julia*, oficina de telefonía celeste, está situada en la parte más bulliciosa de Londres, en pleno centro del *busy Strand;* el antro donde los muertos se dignan instruir con sus avisos luminosos á simples mortales como ustedes y yo, es una casa grande con habitaciones claras y espaciosas, que dan al Támesis. Es la redacción de la *Review of Reviews*. Nadie podría suponerse que en *Mowbray House*—casa de aspecto burgués—pasan esas cosas misteriosas, susceptibles de llevar en otro tiempo á la horca ó á la tortura á aquellos que las practicaran.

Allí es, sin embargo, donde Mr. Stead, rodeado de colaboradores entusiastas (desde el médium misterioso hasta el simple y moderno estenógrafo-mecanógrafo, pasando por el clarividente ó *psíquico)*, todas las mañanas á las diez se

pone en comunicación con los muertos, particularmente con el alma de Julia.

Este singular ejercicio resulta con regularidad desde el mes de Abril último.

Las sesiones son secretas. Aunque no se me ha permitido asistir á ninguna de ellas, reservadas estrictamente á los iniciados por la voluntad formal de Julia (y también, creo yo, por la de Mr. Stead), he podido saber lo que allí pasa.

Con amable complacencia, Mr. Robert King—el *psíquico* —me dijo que allí se celebraba con toda sencillez una *reunión ordinaria (á little ordinary service)* destinada á recibir las instrucciones de Julia sobre el trabajo cotidiano de la Oficina. Se comienza por oraciones en alta voz, siguen lecturas místicas y un rato de recogimiento ó meditación general. Entonces Julia dicta su voluntad por medio de Mr. Stead ó del clarividente, terminándose con un canto en acción de gracias. En una de estas sesiones secretas—añadió Mr. King, —fué cuando el aviador Lefebvre me reveló su presencia.

Hubiera deseado asistir «á estos servicios», pero Mr. Stead persistió en su negativa. «—Nada interesante hay para usted—me dijo—; no pasa nada misterioso.» Yo le repliqué que esa era, por el contrario, una razón para admitirme; pero fué en vano: JULIA NO QUERÍA.

No osé ya insistir, temiendo ponerme á mal con un puro espíritu. Ya en la vida terrestre es peligroso oponerse á la voluntad femenina; con una mujer espíritu el juego sería muy peligroso.

Me contenté, pues, con reclamar simplemente el derecho común.

La *Oficina de Julia* está abierta para todos; *cada uno puede, en efecto, pedir comunicación con sus muertos* si éstos aceptan, lo que no hacen siempre, desgraciadamente.

Mr. King, el *psíquico* (á quien nunca agradeceré bastante sus bondades y á quien debo todos los detalles interesantes, y también un turno de favor), me indicó la marcha que tenía que seguir.

La Oficina tiene su origen en una sugestión de miss Julia A. Ames, poco tiempo después de su fallecimiento, en vista de la posibilidad de establecer una Oficina de comunicación entre los vivos y los que vulgarmente llamamos muertos.

Mr. Stead recibió éste mensaje en 1894; quince años después *(qui va piano va sano)*, fundó la Oficina actual, y el 24 de Abril de 1909, la comunicación estaba totalmente establecida. Generoso Mr. Stead, la abrió para todos y he aquí cómo se procede:

La persona que desea obtener una interviú con un muerto comienza por abonarse á una biblioteca psíquica, donde se encuentran reunidos todos los volúmenes cabalísticos y de otra clase: coste, 25 francos al año. También hay varias revistas del mismo género, muy interesantes y no caras. Es muy útil abonarse. Después de suficiente educación, recibe el postulante unos papeles de colores paradisíacos, rosa, azulcielo, verde, violeta, sobre los cuales transcribe su demanda, y espera.....

Julia manifiesta siempre por medio de Mr. Stead su decisión, que es inapelable, si rehusa.

Yo evité felizmente estas formalidades gracias á la amabilidad de Mr. King, que intercedió cerca de Julia para obtener su venia. No tuve más que llenar un cuestionario, que debía guardar sellado en mi poder, y volver al día siguiente. No obstante, se me entregó para leerlo detenidamente un volumen de Mr. Stead, conteniendo las primeras cartas de Julia, y un folleto que trataba sobre los peligros posibles en las comunicaciones ultraterrestres.

Lo leí todo concienzudamente.

Al día siguiente, mientras aguardaba examinando fotografías de Mr. Stead, que á la sazón hablaba con un espíritu, se me previno que un mensaje de Julia al director me concedía el favor extremo de asistir á un servicio general extraordinario, *copia* del que se celebra todas las mañanas á las diez.

Dichoso de ser objeto de la benevolencia..... celeste, seguí á Mr. King á la sala de las sesiones. Nada en ella revela el misterio que se realiza á cada momento; es la sala de redacción de un periódico cualquiera, llena de periódicos y papeles, todo banal.

Mientras esperábamos á los otros miembros, el *psíquico* me hablaba del tiempo, muy desfavorable aquel día para ver á los espíritus (era un día de niebla como no la hay más que en Londres), de la manera que él veía estos espíritus y cómo los entendía: «Es como si me hablasen por teléfono varias personas sin saber yo por el momento quién me habla.»

Reunidos todos, nos sentamos alrededor de una mesa redonda. El médium enfrente de mí, dos estenógrafos á ambos lados míos, y la representación comienza.

Representación unilateral he de decir.

El *psíquico* me cuenta con muchos pormenores lo que ve, pero yo, que por desgracia no soy clarividente (al menos en el sentido espirita de la palabra), continúo sin darme cuenta de otra cosa más que de los humanos presentes, de los periódicos por el suelo, de las fotografías adosadas al muro, y por la ventana, el espacio invadido por la niebla que envuelve á Londres.

En una habitación próxima oía funcionar una máquina de escribir. Se elevó una plegaria por cuantos me rodeaban; hubo luego un rato de recogimiento general, y después el *psíquico*, con las manos puestas sobre los ojos, habló, y los estenógrafos escribieron rápidamente.....

Después de algunas contracciones nerviosas: —*Julia está contenta de veros aquí,*—me dijo. (El placer era para mí.) «Tenéis fuerza de voluntad *psíquica*. Ella os pondrá con gusto en comunicación con el espíritu que invoquéis.»

Como principio, esto era muy agradable.

La conversación continuó; el clarividente traducía los mensajes á medida que recibía las impresiones. Me describió las almas que se presentaban á mi alrededor: «Numerosas son las que desean hablaros.»

—Está usted muy influenciado. ¿No desea usted comunicar con una determinada persona?

Con mi respuesta afirmativa, continuó: «—Julia me pregunta si no desea particularmente entrar en comunicación con un espíritu que, á su lado, hace todo lo posible para manifestarse á usted. El espíritu de uno que murió hace ocho años.»

Me estremecí. Esto correspondía exactamente á mi deseo íntimo, que aún no había expuesto á nadie. La conversación se hizo entonces para mí más interesante; á partir de este momento, escuché sin sonreirme.

Quedé asombrado de las verdades dichas por el médium durante la descripción de este espíritu. Si la imagen no correspondía enteramente á la realidad, el parecido era com-

pleto, constituyendo un retrato por el que era fácil reconocer á la persona. Pero mi sorpresa aumentó cuando después de haber hablado de otro personaje invisible y haber declarado que aquél era un pariente mío, el médium, en una contracción suprema, después de articular varias sílabas, dijo, gritando, un nombre.

El nombre era exacto, y correspondía á la descripción.

Éste fué su último acierto: el médium parecía sufrir; murmuró que veía turbio, y que ya no podía continuar; estaba fatigado. Salió por sí mismo de su estado de clarividencia y se puso á hablar familiarmente. Los secretarios estaban ya dispuestos á traducir sus notas. De las actas ó memorias suyas, he tomado yo esta relación de lo ocurrido.

Con franqueza, aquéllo me había interesado. Debía al día siguiente ser examinado por otros dos *clarividentes;* tener con cada uno de ellos una sesión privada.

Sentía curiosidad por ver el resultado.

El primer médium no me convenció. Este joven, muy agitado, nervioso, paseando sin cesar su cuerpo flaco de un lado á otro del salón, no me dijo nada nuevo, y sí muchas inexactitudes. Salvo el número ocho, que repetía siempre indicando que el espíritu de una persona muerta hacía ocho años deseaba ardientemente manifestarse á mí.

Durante su «clarividencia» apoyaba crispada su mano derecha sobre la cadena de mi reloj y con su mano izquierda me apretaba los dedos. Para final de cuentas, éste me dijo que no me convenía entregarme al Espiritismo, pues me aseguró que lo pasaría muy mal.

El segundo médium (las cosas se hacen seriamente en la *Oficina de Julia* y se cambia de teléfono para evitar el engaño) me dejó estupefacto. Se aproximó mucho á la verdad en todo lo que me dijo.

También éste me había pedido un objeto relacionado con el espíritu invocado, y su mano izquierda oprimía la mía nerviosamente. Mientras hablaba, su cuerpo, crispado, sufría estremecimientos. Permanecimos así cerca de tres cuartos de hora. No solamente me describió casi *fotográficamente* la persona cuya alma veía á mi lado, no solamente me dijo de qué enfermedad había muerto y cuál era nuestro grado de parentesco, sino que me dió consejos sobre mi vida actual, consejos que el espíritu—decía él—le transmitía para mí. Y estos avisos ultraterrestres de un sér querido concernían á hechos privados de vida íntima, detalles que el médium—que no me conocía—era imposible que supiera.

He reflexionado mucho después de estas tres pruebas. Aunque he reconocido en la *Oficina de Julia* haber sido puesto en comunicación con ese pariente muerto (conviene estimular las buenas voluntades) mi razón se resiste á creerlo. No me explico bien cómo se me ha podido decir lo que se me ha dicho. Una idea banal define mi impresión: SI NO HE VISTO NI OÍDO, no debo creer.

Pero los hechos son como quedan relatados, lo reconozco. Me han sido reveladas verdades; ciertos aspectos de mi vida ignorados por todos han sido descubiertos por un desconocido. ¿Cómo? ¿Por qué doble vista ó por qué habilidad? Lo ignoro. Se ha pronunciado delante de mí la palabra «telepatía». Puede ser; pero yo no me explico nada. Cuento simplemente y cada uno hará los comentarios que quiera. El signo de interrogación subsiste. Yo no dudo, no puedo dudar de la buena fe de los que me han revelado todos los misterios de la *Oficina de Julia.* Todos están convencidos: desde el jefe Mr. W. T. Stead, escritor de talento, hasta el modesto estenógrafo-mecanógrafo que se pasa el día copiando los mensajes celestes. Creen firmemente, están persuadidos, y á menudo persuaden á los demás.

Los clientes abundan. Los que ya han probado desean repetir y envían á sus amigos.

Es la bola de nieve. Me han enseñado el correo diario; es formidable, viene del mundo entero; de América viene mucho.

Para concluir: si no he adquirido la certeza de la inmortalidad de las almas ni de la posibilidad de comunicar con ellas, si no he podido forzar el secreto de las sesiones misteriosas, y si me muestro absolutamente escéptico sobre la famosa conversación entre Lefebvre y el *psíquico,* creo que me he de felicitar del relativo éxito obtenido.

En suma, la *Oficina de Julia* hace concebir esperanzas y está destinada á convencer á los materialistas empedernidos.

Se deben estimular sus esfuerzos y aplaudirlos, puesto que es una esperanza que ofrece á nuestra pobre humanidad. Y los pobres mortales que estamos necesitados de ideal, condenados á vivir tan terrestremente, tenemos siempre, y á pesar de todo, una necesidad inmensa y dolorosa de esperar.

M. RAYMOND.

UN CASO SENSACIONAL DE DESDOBLAMIENTO

Correio de Maceió relata el hecho siguiente:

Un marinero inglés, llamado James Padwell, enamorado de una linda joven de Recife (Pernambuco), dejó su profesión por un empleo en tierra para entregarse más libremente á las delicias de su amor, que su casamiento con la que amaba prometía hacer interminables.

Sin embargo, á los pocos años de su matrimonio tuvo la desgracia de perder á su compañera, que le dejó un niño de tres años de edad, cuyas caricias no fueron suficientes á consolar el cruel dolor del viudo.

Después de este desgraciado acontecimiento, el carácter de Padwell cambió radicalmente, y se entregó á la bebida, convirtiéndose en asiduo concurrente y huésped casi continuo de una casa de bebidas muy conocida en Recife con el título de *Lunch Room.*

Una tarde, después de cobrar su jornal entró, como de costumbre, en la taberna. Pidió una botella de wisky y la apuró de un trago; con la botella en la mano cayó desplomado, presa de mortal accidente.

Conducido al hospital, permaneció durante tres días en un profundo letargo, certificándose su defunción, sin haberse conseguido hacerle recobrar el conocimiento. A la mañana siguiente fué enterrado, y en la tarde del mismo día, los concurrentes del *Lunch Room,* avisados por un extraño ruido de sillas, vieron, llenos de espanto, al propio James Padwell sentado delante de su mesa habitual.

Algo repuestos de la primera impresión, se dirigen al aparecido; pero éste se levanta, se retira por entre las mesas, y al llegar á la puerta de la calle resbala, cae y desaparece.

El eco de lo ocurrido fué tan grande, despertóse tal emoción en todo Recife, que la policía llegó á dudar de que fuese James Padwell el que con este nombre había sido enterrado. Para desvanecerla se decretó la exhumación del cadáver, y realizándola vióse con horror que la tapa del ataúd estaba despedazada por la presión ejercida por las rodillas y dentro yacía el cadáver con los ojos fuera de las órbitas, las uñas clavadas en la propia carne, y con todas las señales, en fin, de haber sido enterrado vivo, comprendiéndose entonces lo que significaba su extraordinaria aparición.

Tipografía LA EDITORA.—San Bernardo, número 19, Madrid.

astrónomo hacer una observación de cualquier estrella lejana si se le está moviendo el telescopio. Contéstese á todas las preguntas sencilla y directamente. No hay que dar informe ninguno si no se ha pedido; cuando el médium haya hecho una pregunta, el taquígrafo ya lo hará constar así.

En una palabra: el solicitante debe tratar al médium como si ambos fuesen dos caballeros, ó dos señoras, según sea el caso, que se hubieran reunido para ayudarse mutuamente en la consecución de una de las más grandes empresas: la de tender un puente sobre el Río de la Muerte.

Cuando la Oficina haya alcanzado mayor desarrollo, desea Julia que se instale una pequeña capilla en el mismo local, para que cada solicitante pueda pasar diez minutos entregado á la meditación y á la oración antes de presenciar el experimento. Esta práctica puede por ahora llevarse á efecto aun sin oratorio, pasando el mismo tiempo en tranquila meditación.

Recuérdese que en muchos casos la imposibilidad de la comunicación se debe más á las faltas del solicitante que á la incapacidad del médium.

Hay otra clase de solicitantes que impiden el éxito, no tanto por influir sobre el médium como por poner obstáculos para que acudan sus seres queridos. Una tristeza excesiva, especialmente si va acompañada de rencor ó de desesperación, parece levantar entre el interesado y el difunto una cortina de espesa niebla, á través de la cual es inútil querer establecer comunicaciones.

Una palabra para terminar. Como la Oficina sólo está abierta para proporcionar á los solicitantes el consuelo de saber que sus muertos viven y aman todavía, aquellos que por ella hayan sido beneficiados deben esforzarse por extender su utilidad, manifestando su agradecimiento al Centro dándolo á conocer á sus amigos, informando al personal del mismo acerca de cualquier persona cuyas dotes psíquicas puedan ser de utilidad para dicho Centro, y recomendando ó enviando á la Biblioteca aquellos libros que les hayan sido útiles al estudiar estas cuestiones.

En conclusión, y como resultado de algunos experimentos preliminares hechos para comunicar con mis amigos y parientes difuntos, puedo asegurar que es probable que en muchos casos los médiums consigan describir con exactitud el aspecto personal, el carácter, etc., del muerto durante su vida terrena. Frecuentemente podrán ver también la naturaleza y duración de su última enfermedad. A veces obtendrán mensajes acompañados con frases de esperanza, que desde luego se reconocen como auténticas. Pero no es general que los médiums puedan obtener con toda exactitud nombres, fechas ó lugares. Con frecuencia, todo lo más que pueden conseguir es una ó varias iniciales, y eso, cuando el amigo del otro lado conoce lo que se desea y hace cuanto puede para facilitar la información. Algunas veces, estos recuerdos parecen confusos. Yo mismo no he conseguido nunca de amigos y parientes, que están en constante comunicación conmigo, todos los detalles que se piden en el impreso *H*; pero, eso no obstante, su identidad me parece tan cierta como mi propia existencia.

W. T. STEAD,
Secretario honorario.

Téngase en cuenta: I.—Que la *Oficina de Julia* no se ha fundado ni puede emplearse como Oficina de investigación acerca de nada.

Que no puede prostituirse hasta la categoría de casa de nigromancia, ó de oficina de adivinador de premios de lotería.

Que no es tampoco una agencia policiaca, ni un establecimiento donde se averigüe el paradero de objetos perdidos ó la suerte de los barcos naufragados.

Que Julia dejó este mundo hace unos diez y siete años; pero que ni la muerte ni la permanencia en el otro la han hecho omnisciente.

Que su Oficina no es para resolver problemas científicos ni para hacer investigaciones psíquicas. Su único objeto es ayudar á los que lloran á comunicarse con los seres que perdieron, sanar los corazones quebrantados, consolar á Raquel, que llora por sus hijos, sacar á luz la evidencia de la inmortalidad consolando á los amigos y parientes separados por la muerte. Tales son los objetos de la *Oficina de Julia*, sus únicos objetos.

Toda solicitud que vaya más allá de estos límites será desatendida.

II.—Que la *Oficina de Julia* no es una agencia industrial. No cobra nada por sus servicios.

Que cada caso se considera como lo merece, procurando seguir el turno de las solicitudes.

Que aunque los gastos de la Oficina son muy grandes, sólo se admitirán donativos ó suscripciones después de resolver el caso del interesado.

Que la Oficina no se obliga á nada al aceptar dinero, puesto que no admitirá donativo ni suscripción ninguna si el donante no la pone á entera y libre disposición del Centro, el cual no contrae por eso ninguna responsabilidad, ni promete nada, ni se impone obligación alguna.

CLUB ESPIRITISTA EN LONDRES

En Londres, en el más aristocrático de sus barrios —Pall Mall— va á establecerse un «Club internacional de espiritas».

Este nuevo Club, que ofrecerá á sus socios todas las comodidades de esa clase de centros, les procurará además grandes facilidades para la investigación de los problemas psíquicos, que son hoy los más apasionantes de la Ciencia.

La iniciativa ha partido de Mr. Dudley Wright, jefe de la redacción de los *Annals of Psychical Science.*

En el número próximo reanudaremos la publicación del informe que venimos intitulando **Eusapia Paladino rehabilitada ante la S. P. R.**

Remitiremos gratis este número y el siguiente á cuantos se suscriban ahora, cuando menos por un semestre, desde 1.° de Enero de 1910.

Preparamos índice y cubiertas, que regalaremos á nuestros suscriptores, para la colección del corriente año.

CORRESPONDENCIA

ADMINISTRATIVA

Sr. D. E. P. J.—Recibida su carta acompañada de la carta-orden; queda suscripto por todo el año 1910.
Sr. D. J. S.—Recibido el importe de su suscripción; queda suscripto por un año, y se le remite recibo por correo.
Sra. D.ª E. M.—Queda atendida su reclamación y mandado el número que reclama.
Sr. D. A. M.—Suscripto por un semestre. Puede mandar desde luego el importe á esta Administración, pues los pagos son adelantados.

BIBLIOGRAFÍA

La fórmula social cristiana, de Ubaldo Romero Quiñones.

«El sublime secreto de la vida es saber sentir, saber amar y saber gozarla en todas sus modulaciones de tiempo y espacio.»

Acaba de editarse. Un tomo en 4.º menor, de 612 páginas, 2,50 pesetas.

Hemos recibido, estableciendo gustosos con ellas el cambio, las siguientes publicaciones:

Filosofía de la Ciencia.—Revista mensual. · Palermo (Italia).

Gaceta de la Bolsa y de la propiedad. Madrid.—Acreditadísima y muy bien redactada revista financiera.

ANUNCIOS BIBLIOGRÁFICOS

La Novela de Ahora sigue publicando *Los invencibles, el monarca y la hoguera*, tercera parte de *El Heroe y el César*.
Casa editorial de D. Saturnino Calleja, Valencia, 28, Madrid.

Figuras delincuentes, por Constancio Bernaldo de Quirós.—Un t. en 4.º de 118 págs., 1 pta.

Psicología, por Ubaldo Romero Quiñones.—Un t. en 4.º de 120 págs., 0,50 pta.

Maravillas históricas, por Ricardo Ruiz y Benítez de Lugo.—Un t. en 4.º de 220 págs., 2,50 ptas.

El Ocultismo ayer y hoy. *Lo maravilloso precientífico*, por el Doctor J. Grasset. Versión castellana, prólogo y notas de D. Gerardo González Carreño.—Un t. en 4.º mayor de 382 págs., 5 ptas.

Quiromancia, por IAN, Dr. en Medicina, Dr. en Ciencias Herméticas. — Biblioteca del grupo independiente de Estudios Esotéricos de Madrid, incorporada á la Universidad de Altos Estudios de París.—Un t. en 4.º de 159 págs., 4 ptas. (Presentando este anuncio, recortado, rebaja del 50 por 100.)

La Jurisprudencia española.—LA DEL CÓDIGO CIVIL, en un sólo t. en 4.º de 672 págs., 10 ptas.—LA DEL CÓDIGO DE COMERCIO, en otro sólo t. en 4.º de 575 págs., 10 ptas.

Hacia la Gnosis, por Mario Roso de Luna, Un t. en 4.º de 236 págs., 3 ptas.

La fórmula social cristiana, por Ubaldo Romero Quiñones, Un t. en 4.º de 612 págs., 2,50 ptas.